

Testimonio de la fe Luterana

Lección 4

La esencia eterna del Espíritu de Dios

Toda persona cristiana reconoce la existencia del Dios Trino. La definición más conocida de Dios es “UN SOLO DIOS EN TRES PERSONAS DISTINTAS, EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO”.

La confesión de la fe cristiana expresada en el Credo de los Apóstoles, se refiere a las tres personas de la divinidad reconociendo la unidad de Dios, pero al mismo tiempo reconociendo la individualidad de cada una de las tres personas, atribuyendo a cada una de ellas una actividad específica: a Dios el Padre se le atribuye la obra de la Creación, a Dios el Hijo se le atribuye la obra de la Redención y a Dios el Espíritu Santo se le atribuye la obra de la Santificación.

La obra de la “Santificación” es realizada totalmente por Dios el Espíritu Santo, quien mediante la proclamación de la palabra del Evangelio llama a todo ser humano a la fe salvadora, luego le ilumina para que pueda creer y aceptar el sacrificio de Cristo, como el único medio de Redención, pero la obra del Espíritu Santo no termina allí, porque por medio de la enseñanza de la Palabra de Dios y la Administración de los Sacramentos, conserva en la verdadera fe a los creyentes.

¿POR QUÉ DECIMOS QUE EL ESPÍRITU SANTO ES DIOS?

El tercer artículo del Credo de los Apóstoles comienza con las palabras: “Creo en el Espíritu Santo”. Creer significa lo mismo que poner uno su confianza en algo o en alguien. En el caso de una confesión de fe, la palabra “CREER” sólo puede referirse a Dios. Según la declaración de fe en el tercer artículo del Credo, ponemos nuestra confianza en el Espíritu Santo. En los 10 mandamientos hemos aprendido que sólo debemos poner nuestra confianza en el verdadero Dios.

Si ponemos nuestra confianza en otra cosa estaríamos quebrantando el primer mandamiento cometiendo el pecado de idolatría, por lo tanto, al confesar “Creo en el Espíritu Santo” estamos diciendo “Creo en el verdadero Dios”. Esta confesión de fe sólo puede hacerse si uno está completamente seguro de lo que está diciendo.

La Sagrada Escritura nos confirma en muchos lugares que la declaración “Creo en el Espíritu Santo” está fundamentada sobre bases sólidas. La Biblia dice en muchos lugares que el Espíritu Santo es Dios.

Por eso en la explicación del tercer artículo del Credo nuestro catecismo declara: “El Espíritu Santo es la tercera persona de la santa trinidad, verdadero Dios con el Padre y con el Hijo...esto es ciertamente la verdad”

El Espíritu Santo, la tercera persona de la santa Trinidad presente desde la eternidad como Dios ya es mencionado en los dos primeros versículos de la Biblia, aunque es en el nuevo testamento donde con más claridad encontramos base para esta afirmación, como ejemplos

podemos mencionar la formula bautismal que dejó Cristo en Mateo 28:19, otro caso es la ocasión del bautismo de Cristo (Mateo 3:16-17), y finalmente en la inspirada bendición de san Pablo en 2 Corintios 13:14.

El Espíritu Santo es Dios verdadero. En Hechos 28:25, 26, el apóstol Pablo haciendo referencia a Isaías 6:8, 9 en donde el profeta dice que el Señor le habló, el apóstol dice que fue el Espíritu Santo.

Cuando la iglesia primitiva comenzó a desarrollarse Ananías y Safira quisieron engañar a Pedro y a los otros apóstoles mintiendo en cuanto a la suma que habían obtenido por el terreno que vendieron, el apóstol Pedro se dirige a ellos diciendo: “Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo? ...no has mentido a los hombres, sino a Dios.”

El Espíritu Santo es la persona de Dios menos conocida lo cual le ha hecho objeto de interpretaciones equivocadas. Esto ha dado lugar al surgimiento de doctrinas extremas que van desde negar su carácter personal diciendo que el Espíritu Santo sólo es una fuerza impersonal o una fuente de energía. Por otro lado, hay quienes atribuyen al Espíritu Santo características que le ponen por encima de Dios el Padre y de Dios el Hijo.

En este estudio daremos algunos principios basados en la Sagrada Escritura que nos van a ayudar a reconocer el rol del Espíritu Santo en el Dios trino, así como su obra en beneficio de la humanidad.

EL ESPÍRITU SANTO ES UN SER DIVINO PERSONAL

Como hemos dicho anteriormente y de acuerdo al testimonio de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo es Dios, ahora vamos a hablar sobre su carácter como persona. En el texto que citábamos del libro de los hechos se ve el carácter personal del Espíritu Santo en el sentido de que se le puede mentir. En Efesios 4:30 leemos que el Espíritu Santo puede entristecerse. Romanos 8:27 dice que el Espíritu Santo intercede por los santos. Romanos 15:30 nos afirma que el Espíritu Santo ama.

El Espíritu Santo apartó a Bernabé y a Saulo para la obra misionera, en una ocasión el Espíritu Santo prohibió a Pablo y Silas hablar la palabra en Asia.

El Espíritu Santo, trata de manera personal con cada ser humano llamándonos a la fe salvadora por medio de los Sacramentos y la palabra, esto porque el ser humano por sí mismo no es capaz de creer en Jesucristo o allegarse a él pues a causa de nuestra naturaleza pecaminosa somos espiritualmente ciegos, muertos y enemigos de Dios, es por eso que, así como Dios mismo ha proveído el medio para dar la redención, también provee el medio para recibir la Redención.

Por medio de la Sagrada Escritura, aprendemos que el “hombre natural” no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente (1 Corintios 2:14). En otras palabras, el ser humano que no tiene fe en Cristo, al cual el apóstol Pablo llama el hombre natural, está virtualmente desconectado de

Dios, como un radio receptor al que le falta la antena para captar las estaciones transmisoras o como una computadora que no puede recibir E-mail porque no está conectada al internet.

Cuando una persona incrédula escucha o lee alguna parte de la Biblia, un texto, por ejemplo, piensa que es cosa de locos o de tontos, pues no le cabe en la cabeza que una persona que ha ofendido a Dios de la peor forma, pueda ser recibido como su hijo o hija solamente por creer que Jesús es el Hijo de Dios, quien murió en una cruz para que esta persona sin tener que hacer ningún sacrificio, penitencia o pago alguno, pueda tener el completo perdón de todos sus pecados y esperanza de vida eterna.

La semilla del evangelio es sembrada en la persona mediante la participación del Espíritu Santo, quien no descansará hasta que la fe implantada produzca su fruto, esto es, que ese hombre natural, muerto en sus delitos y pecados reconozca su necesidad de Dios y su incapacidad de acercarse a Él sin la ayuda de Dios mismo. Entonces el Espíritu Santo le guiará a Cristo quien mediante su obra redentora (vida perfecta, pasión, muerte y gloriosa resurrección) le ha abierto la puerta para entrar al reino de Dios.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA CONVERSIÓN DEL HOMBRE

El Espíritu Santo realiza la obra de la Santificación primeramente en la acción de llamar e iluminar a la gente incrédula para que conozcan a Cristo como su Salvador. Esta acción es efectuada por el Espíritu Santo utilizando ciertos instrumentos llamados “los Medios de Gracia”, los cuales son, dicho de otra manera, la palabra del Evangelio y los Sacramentos.

Vamos a hablar primeramente acerca de cómo el Espíritu Santo llama a las personas por medio de la palabra del Evangelio.

La Biblia dice que, a causa de su naturaleza pecaminosa, el ser humano está ciego y muerto espiritualmente, por lo tanto, no puede por sí mismo creer en la Palabra del Evangelio y, por lo tanto, no puede hacer absolutamente nada por liberarse de la condenación del pecado, de la influencia del diablo y de la muerte eterna (1 Corintios 2:14; Efesios 2:1).

Dios, en su gran amor y misericordia ha proveído por medio de su unigénito Hijo Jesucristo, la manera como toda la humanidad puede salvarse de la condenación. Jesús cumplió completamente la obra de la Redención en su vida perfecta, en su sacrificio y muerte en la cruz y, en su gloriosa resurrección.

Esta realidad es dada a conocer por medio del Evangelio, tanto la palabra de Ley como la palabra del Evangelio propiamente dicho, El Espíritu Santo engendra la fe en el pecador quien al darse cuenta de su situación delante de Dios siente un dolor profundo por sus pecados y se refugia en la bendita promesa del Evangelio.

A este acto se le conoce como CONVERSIÓN, lo cual no debe confundirse como un acto del esfuerzo de la persona para corregir sus pecados y aplacar la ira de Dios por medio de sus obras, ni tampoco se debe pensar que es únicamente sentir pena o pesar por los pecados. La conversión es un acto que depende completamente de Dios.

La conversión se efectúa en el momento en que el Espíritu Santo engendra la fe en el corazón del pecador penitente por medio de la palabra de la ley y del evangelio, lo cual estimula a la contrición o sea un dolor profundo por haber ofendido a Dios, y enciende en él la verdadera fe que se apropia de la promesa, como nos da testimonio el Espíritu Santo en Hechos 2:36-39.

Dios en su amor y misericordia llama a toda la humanidad por medio del Evangelio, sin embargo, no todos acuden al llamado de Dios porque resisten el testimonio del Espíritu Santo como nos dice la Sagrada Escritura en Mateo 23:37 y Hechos 7:51.

Una buena ilustración la encontramos en dos de las parábolas de Jesús: La de la gran cena descrita en Lucas 14:16-24 y la de la fiesta de bodas en Mateo 22:1-14, en las cuales se puede apreciar la intención del anfitrión de invitar a la celebración a todos y al rechazo de algunos, a pesar de que se les ofrecía todo lo necesario para asistir, aún los trajes especiales para entrar a la celebración de la fiesta de bodas.

Otras personas sí acuden al llamado del Espíritu Santo, pero en diferentes actitudes. La parábola del sembrador nos ilustra qué es lo que sucede cuando el Espíritu Santo, que es como el sembrador que siembra la semilla, la cual es la Palabra y los terrenos donde cae la semilla, quienes son los que escuchan.

LA VIDA SANTIFICADA: La obediencia a Dios

Después de que Dios ha llamado e iluminado al creyente engendrando la fe en él, viene lo que se conoce como la vida santificada o santificación, lo cual es un fruto de la fe. El apóstol Pablo en la primera carta a los tesalonicenses 5:23, 24 escribe lo siguiente: “Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser -espíritu, alma y cuerpo- sean guardados irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”

La diferencia entre conversión y santificación es que en la conversión el hombre es completamente pasiva, pero en la santificación el hombre participa con el Espíritu Santo, pero no en una forma coordinada sino en forma subordinada, o sea que no es que el hombre colabore con el Espíritu Santo en una situación de fuerzas similares, sino que el hombre opera bajo la guía y en total dependencia del Espíritu Santo.

Por consiguiente, todo nuevo impulso espiritual que tiene el creyente y toda nueva obra que hace, es despertada y ejecutada en él mediante el poder del Espíritu Santo.

Aunque la conversión no es un proceso, la santificación si lo es, puesto que el creyente siente el impulso de servir a Dios según el nuevo hombre que recibió en la conversión, pero aún queda en él el viejo hombre o la corrupción de su naturaleza. La santificación se verifica según el hombre interior o nuevo hombre lucha contra las pasiones y deseos de la carne.

El Espíritu Santo produce en el nuevo creyente un deseo ferviente de obedecer a Dios, pero la naturaleza humana aún está en él para luchar en contra del deseo del Espíritu, así como la

voluntad del creyente cumple una función importante pues si bien en la conversión el no colaboró en lo absoluto, en la santificación sí puede resistir y vencer al diablo con el poder del Espíritu Santo.

El uso frecuente de los medios de Gracia es muy importante en este proceso porque en ellos Dios preserva y fortalece la fe del creyente para que no solamente pueda resistir y vencer en la lucha espiritual, sino también para que pueda producir los frutos de la fe que son resultado de la conversión.

La Palabra de Dios es el medio por el cual el viejo hombre es mortificado y el nuevo es fortalecido. Particularmente la palabra del Evangelio, aunque la ley es la que revela el pecado y es el medio de preparación para el Evangelio, según la Escritura, (Jeremías 31:31-34) es el Evangelio el que imprime la Ley en el corazón y capacita al creyente para guardarla. Es de entenderse también que el uso constante de la Palabra de Dios debe ir acompañado de la oración.

Es muy importante recordar que la santificación es un proceso a un estado que no será completado hasta que lleguemos a la presencia definitiva de Dios en su reino eterno.

El doctor Martín Lutero escribió lo siguiente sobre este asunto: “Esta vida no es santidad, sino crecimiento en santidad; no es salud, sino mejoramiento; no es una existencia consumada, sino un llegar a ser; no es un descanso, sino un ejercicio. No somos todavía lo que debemos ser, sino que lo seremos; el procedimiento no se ha terminado aún, sino que continúa; no es el fin, sino el camino; todo no resplandece en gloria, sino que todo es purificado”.

El uso constante de la Palabra y los Sacramentos, es una manera en que demuestra la obediencia a Dios, por lo tanto, es necesario congregarse con el pueblo de Dios, participar de los Servicios de Adoración, el estudio bíblico y la Oración.

Para esto, Dios ha permitido que los creyentes se reúnan en lugares consagrados, en días apropiados para que puedan manifestar su fe y crecer espiritualmente.

En éste ejercicio de la fe, producto de la obediencia, el creyente, como parte de la iglesia de Cristo, recibe la confirmación de los preciosos dones del Espíritu Santo: La fe en Cristo (1 Corintios 12:3b); la seguridad del perdón de todos sus pecados, según lo declara el apóstol Pedro en Hechos 2:38; y la esperanza de vida eterna (Hechos 11:16-18).

El Espíritu Santo también otorgará de acuerdo a su buena voluntad los dones espirituales según su propósito para los fieles creyentes (1 Corintios 12:7).

Es importante que tener en claro que mientras que los dones de Fe, Perdón y Salvación son otorgados a todos los creyentes por el Espíritu Santo, los otros dones que el mismo Espíritu da, son repartidos para la edificación para el pueblo de Dios. En otras palabras, su propósito es el crecimiento y fortalecimiento del cuerpo de Cristo (La iglesia), para lo cual son, estos dones son administrados por el Espíritu de Dios “Repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11b).

LAS “BUENAS OBRAS”

Según la definición en el catecismo Menor, “buena Obra es lo que un hijo de Dios hace, habla o piensa en la fe de acuerdo a los Diez Mandamientos, para la gloria de Dios y el bienestar del prójimo.” en otras palabras, “Buena Obra es todo aquello que una persona creyente hace, habla o piensa como producto de un corazón redimido y agradecido, en favor de su prójimo, dando toda honra y gloria a Dios.

Las Buenas Obras no son un requisito para ganar la Salvación, sino un resultado de una vida cambiada por Cristo en el Poder del Espíritu Santo. Una persona cristiana no debe basar la seguridad de su Salvación por la cantidad de Buenas Obras que haga, o evaluar su fe y salvación por ciertas manifestaciones de tipo sobrenatural que en algunos ambientes son requeridos como “prueba” de la presencia del Espíritu Santo.

La fe salvadora en Cristo por sí misma mostrará los frutos del Espíritu en las almas redimidas por Cristo, en la manifestación del amor en diferentes aspectos de la vida cotidiana, por ejemplo, la viuda de la que leemos en Marcos 12:41-44, quien dio todo lo que tenía o María, la hermana de Marta, quien según palabras del propio Señor Jesús “Escogió la mejor parte” al preferir escucharle a él (Lucas 10:38-42).

La vida en obediencia a Dios en virtud de la obra del Espíritu Santo produce una vida abundante en “Buenas Obras”, (Efesios 2:10), permitiendo la renovación, crecimiento y preservación de la fe en el creyente lo cual es la manifestación de una vida santificada por el Espíritu Santo.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA PROCLAMACIÓN DE LA FE: Resultado del impulso del Espíritu

En la anterior parte se hablaba sobre la obra del Espíritu Santo en la conversión del ser humano. Aprendimos que los dones de Fe, Perdón y Salvación son otorgados por medio de la Palabra y los Sacramentos a todos los cristianos, aprendimos también que en tiempos apostólicos el Espíritu Santo dio a algunos cristianos el don de obrar milagros (por ejemplo: curaciones, hablar en lenguas, resucitar muertos). También aprendimos que Dios no da necesariamente a los cristianos en todos los tiempos y en todos los lugares, dones milagrosos. El Espíritu Santo da su bendición de acuerdo a su buena voluntad.

Enfocándonos de una manera más apegada a la realidad, reconocemos que como producto del resultado del impulso del Espíritu y capacitado por él, el creyente es llamado a una vida santificada lo cual no quiere decir alejarse del mundo sino vivir en el mundo sin ser del mundo (Juan 17:15-16), en este sentido, el uso frecuente de los medios de gracia es de suma importancia pues por medio de ellos, el Espíritu Santo conserva al creyente en la verdadera fe.

O sea que el Espíritu Santo no sólo obra la fe sino la conserva y preserva porque no es únicamente el hecho de haber llegado a la fe, sino que hay que quedarse en la verdadera fe, “perseverando en ella hasta el fin” (Mateo 24:13).

El uso frecuente de los medios de gracia nos ayudará a no desviarnos de la verdadera fe cayendo en doctrinas extremas como por ejemplo pensar que una vez en la fe ya no hay manera de caer de la gracia de Dios, que es imposible perder la fe para quienes alguna vez la recibieron, aunque cometiesen pecados enormes.

El otro error en el cual se podría caer es llegar a pensar que el pecador tiene que poner algo de su parte para hacerse creyente, y que, de la misma manera, el creyente debe poner algo de su parte para perseverar en la fe, en otras palabras, que mantenerse en la fe es una obra personal del creyente.

Estas dos maneras de interpretar la obra de la santificación quitan todo mérito tanto a la obra de Cristo en la cruz, como a la obra del Espíritu Santo, poniendo en su lugar la habilidad o capacidad del ser humano para poder obrar su propia salvación y preservación en la fe o causar un estado de falsa confianza al creer que no importa la clase de vida que se lleve después de la conversión, Dios ya no puede hacer nada y deberá permitir a estas personas que así piensan, la entrada al cielo solamente porque una vez hicieron profesión de fe aunque después se hallan separado de ella.

Según la revelación de la Sagrada Escritura el creyente debe su perseverancia en la fe únicamente a la gracia y poder de Dios, quien proporciona por el Espíritu Santo los medios para que el creyente pueda beneficiarse de ellos confiando en la promesa de Dios, de la cual Filipenses 1:6 nos dice lo siguiente: “Estando convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús.”; y el apóstol Pedro también lo confirma con estas palabras: “Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo final” (1 Pedro 1:5); “Pero fiel es el Señor, que os establecerá y os guardará del mal” (leemos en 2 Tesalonicenses 3:3).

Es responsabilidad de todo creyente aprovecharse de los recursos que Dios pone delante de él para ayudarle a mantenerse en la fe y ser un proclamar la buena noticia del Evangelio. No debemos olvidar que el creyente, aunque redimido sigue siendo pecador pues mientras que el “viejo hombre” no sea anulado completamente la inclinación natural a la maldad seguir manifestándose en él, “Lo bueno que quiero hacer eso no hago y lo malo que no quiero hacer, eso hago” diría el apóstol Pablo en el capítulo 7 de la carta a los Romanos.

Es aquí donde el auxilio del Espíritu Santo es necesario para soportar y vencer el ataque de las tentaciones. La lectura, estudio, meditación y puesta en práctica de la Palabra de Dios es una manera práctica y efectiva de permitir que Dios nos guarde y conserve fieles en la fe. El uso de los Sacramentos es otra manera de estar preparados para las pruebas y vivir la vida cristiana en victoria constante fortalecidos por el poder de Dios.

LA RESPONSABILIDAD DE TODO CREYENTE

Es cierto que la preservación en la fe es mérito exclusivo de Dios en los creyentes, pero eso no quita nuestra responsabilidad de “cuidar nuestra salvación” como nos aconseja el apóstol Pablo en 1 Corintios 10:1-10, para “no caer de la gracia”, como se expresa en Gálatas 5:4, o

correr el peligro de ser desviados perdiendo la firmeza de la convicción de la fe como menciona 2 Pedro 3:17.

Muchas veces, por descuidar nuestra vida espiritual, cuando vienen momentos difíciles en nuestra vida, nuestra fe se ve lastimada porque no se ha mantenido suficientemente fuerte, no olvidemos que aún andamos en la humillación y aflicción por las que tuvo que pasar Cristo aquí en la tierra y que las tribulaciones, enfermedades, pobreza, persecuciones serán parte de nuestra existencia terrenal hasta que no lleguemos a la gloria eterna.

Por eso es importante que no descuidemos nuestro bienestar espiritual, por eso es importante que nos mantengamos unidos a Cristo haciendo uso de los medios de gracia lo más frecuentemente que podamos. La vida constante de oración, el dar testimonio de nuestra fe de diferentes nos ayudará y nos sostendrá en la espera gozosa de la segunda y última aparición de Cristo, tal como los creyentes del Antiguo Testamento esperaban la misericordiosa aparición de Cristo en la carne, así los creyentes del Nuevo Testamento en adelante esperamos su aparición en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos.

El doctor Martín Lutero escribió a este propósito lo siguiente: “Si el corazón no se prepara para aquella vida que es imperecedera, sino que se apega a esta vida que es temporal y pasajera, no entiende lo que en realidad significan el Bautismo, el Evangelio, Cristo y la fe.”